

Horacio Rodríguez

SOBRE LA ARENA

I

Juan María, mientras el viento del oeste rozaba largamente las faldas del médano más cercano al refugio de tablas carcomidas y latas oxidadas donde pasaba los días y las noches. La última gran marejada del cincuenta y dos había llenado la tendida superficie de la playa de hierros raros y rugosos, pulmones rojizos de desconocidos naufragios, de delicados animales de madera tallados por las salobres corrientes frías que ascendían desde el sur hacia la línea ecuatorial volviendo por las profundidades sin haberla alcanzado, de estrellas de puntas melladas y retorcidos corazones de nautilus diminutos, de fibrosos bronquios vegetales y elásticos y vacíos huevos marinos.

Entonces el Viejo no había muerto aún, y juntos habían arrastrado hacia los apretados tamariscos que formaban una verde y opaca frontera entra la arena y el mar nunca quietos los maderos más sólidos para ensamblarlos entre las flexibles ramas fragantes y defenderse mejor de los veranos y de los inviernos. La marejada también había desparramado sobre la costa innumerables pájaros muertos con las tripas al aire, algunos conservando milagrosamente su armonía y otros, los más, con las arremolinadas plumas violadas por la arena. Pero no había vuelto a repetirse. El Viejo había salido a tirar las líneas al mediodía de un jueves de octubre, cinco años después, y él lo había ido a buscar a las siete de la tarde, cuando las primeras lenguas de la espuma le movían lasamente los gastados botines sin cordones y las gaviotas corrían brevemente a su alrededor, lanzando sus adelgazados gritos hacia el mar o hacia el anochecer o hacia cualquier otro lado, deteniéndose frente a su cabeza volteada, a su cara violeta.

Rezar le había parecido inútil, pero —sudando— había mirado una y otra vez las pálidas fluorescencias que titilaban en el perenne ronroneo grave y profundo de la oscura plataforma de agua listada de blanco que cubría musgosos palacios sumergidos llenos de ventanales de algas, torres de piedra cribada y desplegadas flores de frío, mientras cavaba en la noche un pozo lo más hondo posible, disputándole las entrañas de la costa a la arena empeñada en volver hacia abajo —en un lugar al que el mar no llegaría ni siquiera con una marejada más grande que aquella del cincuenta y dos— para evitar que el Viejo amaneciera cualquier día, después de una noche de viento, con los huesos blanqueando al sol y una horrible cabeza sin ojos.

Había pensado en irse para siempre. A veces pasaban

pesqueros que de día eran apenas una indefinible mancha sucia sobre la raya del mar, y de noche desvaídas luces amarillentas, mucho más apagadas que las estrellas, que rolaban lentamente en la oscuridad hasta desaparecer en el rincón más negro del cielo. Sin embargo, se había quedado.

Ciudades de loza y de cristal. Abrigo. Afuera, detenidos los gemidos del frío y de la necesidad de carne de mujer. Otros colores que el pardo marrón del mar o el acre desteñido de la arena. Otros ruidos que los tristes chillidos de las gaviotas, el soplo de muerte del viento moviendo los médanos o el gorgoteo siempre ahogado del agua acercándose o retirándose para acercarse de nuevo.

Y lo pensaba tres años después de haber conocido la existencia de la casa, quince años después de la noche en que había enterrado al Viejo ya ni se acordaba exactamente dónde, en un lugar del que el viento no había podido rescatarlo, tan lejos del refugio como para no sentir miedo con el roce de los tamariscos siempre agitados y tan cerca como para no olvidar sus monólogos contra la soledad. Y lo pensaba acariciando la escopeta empavonada, de dos caños, que había pasado a ser suya desde el cincuenta y siete y que les había servido a los dos en los primeros años y ahora sólo a él, para llevarse a la boca alguna otra cosa que no fuera pescado. Y lo pensaba mientras imaginaba cosas que ya estaba olvidando, que más se alejaban de él a medida que él se acercaba más y más al Viejo. Y lo pensaba mientras miraba el curioso resbalar del aire sobre la redondeada cúspide del médano, que se modificaba todas las mañanas sin alterarse en nada, volando alrededor de sí mismo, sólido y ondulado, oscura masa de arena apoyada pesadamente sobre la costa, igual y diferente a los otros miles de médanos que veteaban los cientos de kilómetros que se tendían hacia el oeste, desde donde el viento llegaba puntualmente todas las noches.

II

Alguna de ellas, una de ellas, entre enloquecidos fuegos de San Telmo y estallidos de nubes reventadas, una sorpresiva tormenta se había acercado a la costa desde el mar, empujando desde el este un viento furioso y continuo, salido del ruido y la negrura. La marea desbordada, rotos sus propios límites, había atravesado la sinuosa franja esculpida por ella misma a lo largo de siglos llegando casi hasta donde el tamariscal sacudido y silbante se aferraba al mundo con sus desnudadas raíces torcidas. Bandadas de cortadas ramas aleteaban confusamente sobre el techo del refugio castigado por la hiriente roca desmenuzada, volando a ras

del suelo de este a oeste, hacia las dunas, lejos del agua, mientras era junio y él pensaba en el Viejo, envuelto en sus mantas y en las que había heredado —unas tan grasosas y rotas como las otras— echado sobre el catre de seis patas combado por su peso hasta rozar la tierra con su panza de lona, sin la última botella de Bols consumida tres meses atrás, un día después de su último viaje a Monte, oyendo la lluvia abofetear las tablas, mirándola filtrarse en palpitantes arroyuelos hacia las latas tiznadas y el fuego apagado. El Viejo. Pero no lo que hacía ni lo que decía ni lo que recordaba ni lo que maldecía ni lo que soñaba con hacer un día que ambos sabían que no llegaría nunca. Simplemente el Viejo. Y luego él, en la noche y bajo la tormenta.

El temporal había dejado unas pocas aves muertas colgadas de los tamariscos. Gaviotas y barnaclas de rojos ojos vidriados y lacios pescuezos bamboleantes que el sol de la mañana no alcanzaba a entibiar. Raíces y caracoles rotos desparramados irregularmente a lo largo de kilómetros de espumarajos escarlatas delicadamente dibujados, temblorosos en el aire frío, de repentinas ráfagas transparentes. Sobre la playa barrida largas heridas de arena moteada de objetos semienterrados: piedras llagadas, maderas herrumbrosas, esponjas despedazadas, esas cosas que el mar pare durante las más turbulentas de sus noches.

Se acordaba de haber inspeccionado cuidadosamente los ensambles del refugio, apartando las quebradas ramas esparcidas alrededor, sin tristeza, sin contento; de haber descolgado una endurecida y despatarrada gaviota enredada en la maraña, el opaco plumaje blanco maltratado y el amoratado pico entreabierto, revoleándola por sobre su cabeza unos instantes, soltándola, para que el gran pájaro se alejara de él dando vueltas torpemente por el aire cayendo unos metros más allá, entre un remolino de gajos cimbreantes; luego, con la azulosa escopeta colgada de un hombro, de haber comenzado a rodear el gran médano, sintiéndolo diferente e indefenso después de las cuchilladas del viento del este que lo había trabajado toda la noche; de haber caminado enterrándose en la arena, que ya había digerido la copiosa lluvia nocturna, mirando el gran mar abrigado del invierno que alternaba oscurecidos verdes, azules y marrones frente al sol todavía frío, dejando caer las hilachas de hielo y sueño que lo habían envuelto por la noche, con la cabeza vuelta hacia el cortante filo sobre el que planeaban chillando desorientadas bandadas de pájaros marinos, sin descubrir otra cosa que no fuera la reluciente lámina de agua que cubría el lado este del mundo, hasta alcanzar el otro lado del médano, deteniéndose casi a la altura del refugio invisible y finalmente, a media mañana, al voltear hacia la sesgada falda de arena que descendía hacia sus espaldas, de haber descubierto que la casa estaba allí: un oscuro y formidable animal prisionero, su ciega muerte misteriosa adivinada a través del testuz corroído, del saliente ángulo del tejado que se clavaba en el vientre plano del médano. El viento tenaz de la noche había alcanzado a insinuar apenas la enorme estructura enterrada quién sabe desde hacía cuántos años a unos pocos metros del refugio abrazado a los tamariscos, oculta su maravillosa preñez de mármoles y porcelanas, su friso de ángeles sepultos, por un olvidado capricho de la arena.

Y ellos, él y el Viejo, habían estado siempre allí.

Bajo la arena se ahogaba la gran sala amortajada de tapices sembrados de pálidas gardenias amarillas, la inacabada batalla extendida sobre la alfombra bordada de belicosos guerreros cobrizos sorprendidos por la gran noche

del médano, los hechizados rondós de marquesas y condestables vestidos de terso raso fileteado de oro detenidos para siempre en medio de giros y reverencias, el trunco vuelo de los querubines persiguiéndose por la guarda rococó del cielorraso, las intrincadas guirnalda taraceadas en nácar estrangulando la caoba de mesas y sillas, las lágrimas y las hojas de la tallada cristalería cuidadosamente alineada detrás de las vitrinas, los juegos de las nereidas inmovilizadas en su océano de mantelería, la mitológica fauna de hilo apoltronada sobre los cojines de seda ribeteada, las matrices de los espejos estériles para la reproducción de pasillos y sombras, las camas tendidas frente a las ojivas de los ventanales sin pupilas, los lacios péndulos de relojería encerrados en sus cajas llenas de mariposas muertas, las cabezas despavoridas de los vestiglos torneados en las negras empuñaduras de los atizadores colgados a un lado de la chimenea, las terribles sirenas de Waterhouse aullando sin ruido detrás de un vidrio enmarcado, las tersas muñecas vestidas de lino durmiendo el sueño de sus balancines de plomo, los facetados caireles de las arañas suspendidas entre cupidos y legionarios, los rampantes grifos de los aldabones amenazando con sus garras al son extinguido, los sellados potes de cerámica llenos de Agua Divina, Pate de Agnel y Vino Moisan, la redonda rosa de los vientos con su aguja clavada en una caprichosa presión de setecientos cincuenta y dos punto seis, los convexos lomos pardos de los libros desnutridos para las polillas y para los hombres apretados en el alma oscura de la arena, una caja de música con los resortes de su cilindro desconcertados y un Culto a la Hermosura de Uguet, un camafeo vacío y un pendiente de turquesas, un aristón incrustado y un cofre de sándalo, un candelabro cincelado y una flor marchita, cucharas y dedales, companillas y servilleteros, cazos y acericos, abanicos y anillos, todo mitad materia y mitad sombra, abandonando su identidad y su nombre conjurado, volviendo al mundo mineral que lo alumbrara por un momento —un siglo o un milenio— con la conformación de las cosas destinadas a durar para siempre, mientras por el norte se gestaba la oscuridad que habría de encontrarlo de rodillas y sin plegarias.

III

A la mañana siguiente el viento había restañado el lacerado declive del médano, su vulnerado secreto. Durante la noche susurrantes serpientes de arena habían reptado alrededor del alar desnudo volviéndolo nuevamente hacia su tranquila destrucción, recuperándolo definitivamente para el metabolismo que lo reclamaba urgido por la transgresión, que lo transformaría en un almacén ingrátido, una estructura sin masa, para devolverlo provisoriamente alguna vez durante algunos segundos bajo la forma de espejismo.

Así que la nabia visto nacia tres años, incommovible, inalcanzada. El soplado interminable del oeste no se había detenido a lo largo de los últimos mil días agigantando las dunas de la costa, trabajándolas con su prodigiosa orfebrería sin dedos, sin comunión posible con la ondulante cinta salada que arrastraba retazos de estrellas y espinas de luz, inasible y poderoso, alejando de la costa la piedad del olvido, el silencio y la muerte, quejándose noche a noche fuera del refugio, entre los tamariscos, en ningún lado.

La casa estaría allí eternamente y él no se iría nunca